

da por el *Taigeto*, que forma la punta extrema de Grecia [cabo Tanaro ó Matapán]. Mas si el país es pequeño, sus costas ofrecen un desenvolvimiento equivalente con sus sinuosidades y recortes á las de la Península ibérica. Alrededor de Grecia todo es mar é islas: al Este el mar *Egeo*, al Oeste el *Jónico*. Las islas, que no son más que montañas sumergidas cuyas cimas flotan sobre las aguas, se escalonan á los lados, como «piezas de ajedrez»: al Oeste, *Corcira*, *Leucades*, *Itaca*, *Cefalonia*, etc.: al Sur, *Creta* y *Citerea* [Chipre]; al Este, las *Cicladadas* y las *Espóradas*. La Geografía explica, tanto la formación de pequeños Estados en Grecia, como la expansión de las familias que poblaron el país en numerosas colonias.

Según tradiciones comprobadas, se sabe que tribus numerosas que salieron del *Epiro* [Albania], ocuparon la llanura del *Péneo* [Tesalia], arrojando á los antiguos habitantes [beocios] al valle del *Cefiso*, que de ellos tomó el nombre de *Beocia*; que unos pueblos de montañeses, los *dorios*, procedentes del *Pindo*, invadieron el Peloponeso, apoderándose de los países más ricos, [*Laconia*, *Mesenia*, *Argólida*, *Sicione*, *Corinto* y *Megara*], y que una tribu de *Etolios*, que acompañaba á los dorios, se posesionó de la *Elide* al Oeste, en el mismo Peloponeso. En cuanto á los antiguos habitantes, los *aqueanos* ó *acayos*, se dirigieron al norte, arrojando de allí á los *Jonios*, y fundaron las doce ciudades aqueas. Los Jonios á su vez se refugiaron en la Atica. Diferentes familias, además, fueron más allá de la península á fundar diversas colonias, en el *Archipiélago*, en el *Asia Menor*, en *Creta*, *Chipre*, el *Cáucaso* y la *Crimea*, y en las costas de *Tracia* [Turquía europea], *Africa*, *Italia*, *Francia* y *España*.

Las familias más notables fueron los dorios y los jonios: los primeros fundaron á *Esparta*; los segundos, á la sabia *Atenas*. Los *dorios* eran montañeses de rudas costumbres, hablaban un idioma áspero y primitivo y llevaban una vida esencialmente guerrera; los jonios eran pacíficos, industrioses, hablaban un idioma suave y armonioso y amaban la navegación y las artes. Al rededor de estos pueblos gira la historia de los primeros tiempos de Grecia; pero el mayor número de los habitantes del país no pertenece á ellos, sino á dos familias distintas: la de los *colios* y la de los *aqueos*; la

primera puebla la Grecia central, y comprende *arcadianos*, *focidios* y *beocios*; la segunda habitaba con los dorios el Peloponeso. Todos tomaron el nombre de *helenos*, pues que, según la tradición, *Doro* y *Eolo* eran hijos de *Helen*, y *Ion* (ó Jon) su nieto.

CAPITULO II.

RELIGION GRIEGA.

I.—Politeísmo.

EN Grecia, la religión no tuvo la misma importancia que en los pueblos orientales: nunca sirvió de núcleo para la formación de los Estados. Hubo sí multitud de preocupaciones religiosas que regían su vida privada y pública; pero puede decirse que *humanizaron* sus dioses, *divinizando* á la humanidad. Tal es el carácter saliente de esta religión singular.

Los griegos creían en muchos dioses; todo ser vasto é imponente, todo fenómeno, ó signo de un gran poder, era para el griego una divinidad: el sol, la tierra, el cielo, el mar, el aire, y hasta las fuentes, los ríos, las montañas y los árboles, llegaron á ser los objetos predilectos de su culto. Mas, al mismo tiempo que son seres, ó fuerzas naturales, los representan bajo la forma más noble y bella, la forma humana. «La Náyade,» por ejemplo, «es una fuente y una joven hermosísima.» «El río *Janto*,» dice Homero, se arrojó sobre Aquiles, hirviendo de furor, lleno de ruido, de espuma y de cadáveres.» Estas concepciones hacen que la literatura helénica sea tan plástica y tan rica en imágenes. Los dioses griegos, son, así, hombres, [aunque más altos y bellos que los mortales] (1), que poseen trajes, que gastan armas y utensilios, que habitan palacios, y que tie-

(1) «Arés y Ateneo lo conducía vestidos de oro, altos y hermosos, según conviene á los dioses,» dice Homero cuando describe el ejército grabado en el escudo de Aquiles.

nen sentimientos, ideas y gustos análogos á los de los hombres.

Además de los pequeños dioses (poliades), que pertenecían á cada cantón ó ciudad, esto es, el riachuelo que les da el agua, el bosque que les proporciona sombra y agrado, la gruta misteriosa en la montaña vecina, etc.; además de estas deidades locales, los griegos de todos los Estados reconocieron de doce á veinte dioses superiores, que todos invocaban y que representaron siempre los poetas y los artistas con los mismos ó análogos atributos. Estos dioses eran: *Zeus* (Júpiter), *Hera* (Juno), *Atenea* (Minerva), *Apolo*, *Artemisa* (Diana), *Hermes* (Mercurio), *Hefáistos* (Vulcano), *Hestia* (Vesta), *Arés* (Marte), *Afrodita* (Venus), *Poseidón* (Neptuno), *Anfitrite*, *Proteo*, *Cronos* (Saturno), *Rea* (Cibeles), *Deméter* (Ceres), *Perséfone* (Proserpina), *Hades* (Plutón) y *Dionisios* (Baco).

Zeus es el dios del cielo y del aire, el soberano, el amo de los dioses y los hombres; lo representaban bajo la forma de un anciano de larga barba, sentado en un trono de oro. Para mostrar su poder, el poeta pone en su boca estas palabras: «Atad al cielo una cadena de la que vosotros [dioses y diosas] tiraréis, vuestros esfuerzos no podrán arrastrar hacia la tierra á *Zeus*; pero si yo quisiera tirar de élla, me llevaría la tierra y el mar, los ataría á la cima del Olimpo, y de allí quedaría suspendido todo el universo. Tan superior es mi poder sobre el de los dioses y los hombres.» El signo de poder más frecuente, y más visible en *Zeus*, era amontonar las nubes y lanzar el rayo.

II.—Atributos de los dioses.

MITOLOGÍA.



LOS dioses principales tenían, según los antiguos griegos, ciertas funciones, y los representaban de modo que significaran estas funciones, con determinadas formas ó atributos. Además, algunas de estas divinidades superiores, tenían algo así como una corte ó séquito formado por otras secundarias; y como á todas les prestaban la for-

ma humana y los instintos, gustos y sentimientos de los hombres, referían de éllas minuciosamente la historia de sus aventuras ó hazañas, las de sus padres, hijos ó hermanos [Teogonía], hasta que llegaron á constituir con el trascurso de los años, una verdadera ciencia de los relatos ó mitos referentes á sus dioses y héroes: la *Mitología*. Hoy no tiene importancia este tejido de relatos, sino como fuente de inspiración para los artistas, y como datos irrecusables para el historiador, que puede conocer en ellos la índole de aquel pueblo, dotado de tan viva y rica imaginación. [1].

Hera, [Juno], es la diosa protectora de los casamientos; *Atenea*, [Minerva], virgen de claros ojos, armada con lanza, casco y peto, diosa del aire límpido y sereno, representa la sabiduría y la invención. *Apolo*, dios del sol y de la luz, es el inventor de las bellas artes. Puede decirse que le son afines las divinidades que personifican ciertas concepciones intelectuales: *Clio*, que preside la historia; *Talia*, la comedia; *Melpómene*, la tragedia; *Polimnia*, la elocuencia; *Euterpe*, la música; *Urania*, la astronomía; *Erato*, la poesía lírica; *Caliope*, la epopeya, y *Terpsícore*, el baile. [2]

Artemisa (Diana), virgen agreste, armada de arco y carcax, era la diosa de la caza y de los bosques; la representaban cazando, al frente de centenares de ninfas. *Hermés* (Mercurio), dios de los debates, del comercio, de la lluvia que fecunda; es el mensajero de los dioses; por esto, tal vez, le representaban con sandalias aladas. *Hefáistos* [Vulcano], dios del fuego, es el herrero incomparable, el que doma la materia y el que forja el rayo descargado por *Zeus*; lo representan como robusto operario, con un martillo en la mano. *Hestia* [Vesta], es la diosa del hogar; *Arés* [Marte], es dios de la guerra, el que impulsa á los combates é inspira valor á los mortales. *Afrodita* [Venus], era la diosa de la hermosura y los placeres la acompañaban las tres gracias: *Aglæ*, *Talia* y *Eufrosina*, adornadas con guirnalda de flores, completando su séquito el inseparable *Cupido*.

(1) Un autor dice que sin algunas nociones de Mitología no es posible entender, ni los poemas clásicos, ni los cuadros y estatuas de artistas afamados. A este título consignamos las notas del texto.

(2) Les llamaban «las nueve musas», y, según decían, formaban el séquito de Apolo, reuniéndose en el Parnaso, montaña de la Fócide.

Poseidón [Neptuno], dios del mar, lo representan en un carro tirado por monstruos marinos. El *Océano* mismo era también una divinidad: su esposa, *Tetis*, va acompañada por tres mil ninfas ú *Oceánides*, mientras que las *Nereidas*, hijas de *Nerco*, formaban el acompañamiento de *Poseidón* [Neptuno]. Mas, el mar era riquísimo en divinidades; en él vivía *Tritón* [mitad hombre y mitad pez], é hijo de *Neptuno* como *Nerco*; *Eolo*, el que guarda los vientos, y las célebres *Sirenas* de agradable voz y pérfidos intentos, que atraían al navegante hacia los escarpados escollos en que moraban.

Rhea [Cibeles], era la diosa de la tierra; *Deméter* [Ceres], la de las cosechas, con su haz de rubias espigas en la mano. *Pan* era el dios de las selvas, con sus *faunos* y *sátiros* [mitad hombres y mitad bestias]. *Ninfas* y *driadas* habitaban las arboledas; la ninfa *Eco* las montañas, y las *náyades* los manantiales y las fuentes.

En el infierno [regiones inferiores] habitaba *Hades* [Plutón] con las furias, sus ministros de venganzas y las tres *Parcas*: *Cloto*, *Láquesis* y *Atropos*, que presidían al nacimiento y muerte de los mortales. [1], *Carón* era el barquero que transportaba las almas más allá del *Aqueronte*, que ciñe á manera de cinturón la morada de las sombras; y tres jueces severos, *Minos*, *Eaque* y *Radamanto*, completaban los habitantes divinos de aquella lúgubre mansión. Solo la infeliz *Proserpina*, robada por *Plutón* á *Ceres*, parecía gemir, á pesar de ser la reina en aquel triste lugar.

La mitología no solo comprende la supuesta historia de las divinidades secundarias sino también los sucesos relativos á la vida y costumbres de los dioses superiores, de sus padres, hijos ó hermanos, los cuales son, á su vez, dioses, hombres divinos ó semidioses, *Apolo*, por ejemplo, había nacido en la isla de *Delos* donde se refugió su madre *Latona*; se continuaba el relato diciendo, «que mató un monstruo que devastaba la comarca situada al pié del monte *Parnaso*», ni más ni menos que si se tratara de un mortal [2], héroe ó semidiós, como *Hércules*, *Edipo* ó *Aquiles*.

(1) La representación no podía ser más gráfica: Cloto tenía la rueca, Láquesis la hebra, y Atropos la cortaba.

Los dioses superiores no morían, los héroes ó semidioses sí: los primeros residían en el *Olimpo*, montaña de nevada cúspide, en que, según Homero, tenían sus sesiones, en medio de celeste luz.

III.—Culto á los Dioses y á los Héroes.

COMO los dioses tenían los sentimientos del hombre, les tributaban culto con ofrendas y fiestas, les edificaban palacios (1), y procuraban agradecerles con regocijos públicos. Este fué el origen de «las fiestas ó juegos solemnes» que llegaron á adquirir tan grande importancia en Grecia. Se celebraban en cuatro lugares: *Olimpia*, *Delfos*, *Nemea* y el istmo de *Corinto*; pero los más célebres y concurridos fueron los de *Olimpia* que se verificaban cada cuatro años en honra de *Zeus* (2). La multitud acudía de todo el país; se empezaba por sacrificar animales y dirigir algunas oraciones á *Zeus*, y luego venían los certámenes, que consistían en los ejercicios siguientes:

- 1º Carrera á pie en torno del estadio.
- 2º El *pentaplo*, que comprendía cinco ejercicios: saltar, correr de un punto á otro del estadio, lanzar el disco de metal, arrojar el dardo y luchar cuerpo á cuerpo.
- 3º El pugilato en que se luchaba con los brazos cubiertos con tiras de cuero.
- 4º Las carreras de carros, con tiros de cuatro caballos.

El vencedor recibía una corona de olivo, pero era aclamado y conducido en triunfo hasta su ciudad natal: en ocasiones derribaban un lienzo de muralla, para que entrara en la población: llegaba en un carro tirado por cuatro caballos, escoltado por el pueblo, del que recibía incesantes ovaciones. «Los griegos tenían razón para admirar tanto la fuerza física, pues que en sus guerras, donde se combatía cuerpo á cuerpo, los mejores soldados eran los atletas.»

Los mismos homenajes y ofrendas se tributaban en Grecia á los héroes, á ciertos personajes legendarios ó históricos, á cuyo poder se acogían y cuya protección invocaban. No son dioses, sino semidioses; no habi-

(1) Los templos no eran más que unos palacios magníficos en que residía el dios.

(2) Tan importantes fueron, que los griegos medían el tiempo por olimpiadas, períodos de cuatro años; habiendo comenzado en 776, en que fué vencedor Corebo. No es posible elevarse más arriba en la cronología griega.

tan el Olimpo, pero son bastante poderosos para hacer el bien ó mal según les parece. Esta es la razón del culto que los helenos practicaron hasta los últimos tiempos á Heraclés y Edipo, á Ulises, Agamenón, Aquiles, y á muchos personajes históricos, como Leónidas y Lisandro, Licurgo y Solón. *Herodoto* cuenta multitud de hechos relativos á la adoración y culto que tributaban á los héroes y que pintan vivamente esta superstición: «La ciudad de *Sicione*,» dice el gran historiador, «adoraba al héroe *Adrasto*, y tenía en la plaza pública un templo. *Clistenes*, tirano de esa ciudad, tuvo la idea de expulsar al héroe, y fué á preguntar al «oráculo de Delfos» si lograría ó no su objeto; pero la contestación no le fué favorable. *Clistenes* fué entonces á *Tebas*, de donde trajo los restos de *Melanipo*, héroe que había sido en vida el mayor enemigo de *Adrasto*, suponiendo que éste huiría disgustado, al ver que se tributaban á *Melanipo* las fiestas que correspondían á él.» Los héroes protectores de una ciudad la defendían y cuidaban, y hasta combatían contra sus enemigos. «Durante la batalla de *Maratón*, los atenienses vieron en medio de ellos á *Tesco*, héroe fundador de *Atenas*, cubierto con brillante armadura; y en la de *Salamina*, á los héroes de esta ciudad, *Ajax* y *Telamón*, que extendían sus brazos en dirección de la escuadra griega.»

Otro culto singular de los helenos fué el de los *oráculos*, nacidos de una creencia común en aquella época: la de los *presagios*. Todo fenómeno común en ciertas circunstancias, y, con mayor razón, los fenómenos extraordinarios, eran interpretados como avisos de las divinidades; así, el vuelo de las aves que cruzan el firmamento, las entrañas de los animales, los temblores de tierra, un *eclipse* y hasta un simple estornudo, eran vistos como presagios favorables ó adversos. Cuando *Jenofonte*, en la «Retirada de los diez mil», dijo á sus soldados: «Con el favor de los dioses tenemos fundada esperanza de salvarnos con gloria», estornudó un soldado; todos creyeron entonces, que la divinidad les enviaba ese presagio. El mismo *Jenofonte*, ilustre filósofo y general consumado, continuó; «puesto que *Zeus* nos envía este aviso, en el momento de discutir nuestra partida, hagamos votos de ofrecerle nuevos sacrificios». Durante la funesta «guerra del Peloponeso», se perdió la desgraciada expedición de *Nicias*, á causa de esta creen-

cia en los presagios: superstición que costó á *Atenas* su mejor ejército, y, en suma, su hegemonía en Grecia. (1)

Esta creencia en los avisos divinos, hizo que se sistemara el procedimiento de advertir á los hombres, en todas las circunstancias de la vida; y en varios puntos de Grecia se formaron asambleas de sacerdotes, á que acudían los fieles en busca de respuestas y consejos; tales fueron los *Oráculos*. Los que gozaron de mayor fama, aun más allá de los límites del país, fueron; el de *Dodona* en el *Epiro*, y el de *Delfos*, en la *Fócide*, al pie del monte *Parnaso*. En *Dodona*, *Zeus* daba las respuestas, valiéndose del susurro de los bosques sagrados, que luego interpretaban los sacerdotes; en *Delfos*, las daba *Apolo*, por medio de una mujer, la pitonisa, que después de prepararse á recibir la inspiración, (bañándose en un manantial sagrado), subía á la trípode, donde le acometía el delirio y pronunciaba palabras entrecortadas, que los sacerdotes se encargaban de interpretar.

desde

CAPITULO III.

Organización política y social de Grecia.

I.—Las Ciudades.

DURANTE algunos siglos, la nación helénica no existió más que de nombre; cada cantón, cada isla, formaba un Estado independiente, con su capital, su playa y puerto, y con varias aldeas dispersas en la campiña. El número de estos Estados se ignora, pero se supone que en la península era como de ciento, y con las colonias más de mil; jamás dejaron de combatirse y destruirse mutuamente: jamás se unieron para formar un cuerpo único nacional. El Consejo ó liga de los *Anficiones*, que se reunía cada año en *Delfos*, era una asamblea formada

(1) *Nicias* hubiera podido salvar su ejército, y ya había comenzado el embarque; pero un eclipse de luna, lo hizo desistir de su propósito, creyendo que era un signo adverso; se detiene, y entonces los enemigos lo destrozan.